

Las cinco serían cuando la portera subió á la habitación de Aurelia, cargada con una cesta de viandas.

— Aquí traigo (dijo al entrar) una porción de cosas buenas. Sopa, medio pollito, dulce de grosella y vino añejo de Burdeos. ¿Eh? ¿Qué tal?

— ¡Qué buena es V.!....

— No; yo no. Á las que debe V. dar las gracias, es á las dos cómicas que estuvieron aquí esta tarde. ¡Oh! ¡Las cómicas! Ellas serán lo que se quiera; alegres de

casos y todo, en fin, pero lo que es buen corazón, lo tienen casi todas....

—Estas, al menos, son bien caritativas. Pero su visita fué demasiado larga, y si viera V. qué mal me sentó....

—Tenga ánimo. Coma V.; luego se acuesta, y ya verá mañana cómo está más fuerte que una torre.

— ¡Ojalá! —repuso Aurelia sonriendo.

— ¡Á ver si se me ha olvidado algo! (dijo la portera, registrando la cesta.) No; todo está sobre la mesa. Vaya, buenas tardes; buen apetito, y hasta mañana.

En cuanto quedó sola, la joven miró desdenosa los manjares colocados encima de la mesita, y, en lugar de comer, dió comienzo á su tocado. Á la luz de un cabo de vela se miró en el espejo suspendido en la pared: se quitó el pañuelo de la cabeza, se atusó el cabello con esmero, y con los dientes blanquísimos se mordió los labios para que se enrojecieran más. Luego volvió á ponerse el *foulard* que cubría su rubia cabellera antes de peinarse, y que nunca se quitaba en cuanto venía gente á verla; se envolvió en un gran pañuelo que la señora Vivian le regaló poco antes de morir, y apagando la bu-

jía, entreabrió la puerta. Prestó oído atento; sus ojos se esforzaron por penetrar las tinieblas que reinaban en el corredor, y cuando el silencio le convenció de que nadie la observaba, salió, cerró su habitación con dos vueltas de llave, guardó ésta en el bolsillo, y se deslizó con paso leve hasta ganar la escalera de servicio que daba sobre la principal.

Al llegar al rellano del quinto piso, en donde un mechero de gas apenas disipaba la oscuridad, se detuvo: de nuevo escuchó atenta, y luego de convencerse de que no subía nadie en aquel momento, se dirigió resuelta á la estancia de Bertin, y llamó con los nudillos á compás, dejando pasar un tiempo igual entre uno y otro golpe. Inmediatamente se oyó dentro leve rumor apagado por la alfombra, ó quizás porque los zapatos del que andaba estaban dispuestos para no producir ruido. Rechinó la cerradura, y el cerrojo fué descorrido con sumo tiento; la puerta se abrió poco á poco; Aurelia la empujó con el hombro, y se *escurrió* por la juntura entre el quicio y la hoja.

—No tengas miedo, hombre (mur-

muró, cayendo en los brazos del que abrió). Soy yo, yo misma; tu *culebrita*, que tanto te quiere.

El favorecido por el *reptil humano* devolvió una parte de los besos que recibió, y sin perder un instante tornó á cerrar, siempre con las mismas precauciones. Cuando hubo hecho esto y se volvió, ya Aurelia había cruzado la antesala, y desaparecido en la salita, amueblada confortablemente y alumbrada por una lámpara. Las cortinas estaban echadas, todo cerrado con exquisita precaución: en la chimenea ardía un buen montón de leña; sobre un velador estaban dispuestos dos cubiertos, y muy cerca, encima de un aparadorcillo, se veían una *terrina* de *paté de foie gras*, dos perdices escabechadas, una fuente con ensalada rusa, varias frutas, y dos botellas de *champagne* junto á un tarro de *char-treuse*.

Esta vez Aurelia no miró desdeñosa los manjares; los contempló con fruición, olió el *foie gras*, se relamió los labios, y dijo con alegría:

—Á la mesa. ¡Tengo un hambre que me muero!....

Y sin más ceremonia sentóse delante de su huésped, que, igualmente dispuesto que ella, se sirvió una perdiz entera.

—¿Sabes que hay novedades?—dijo Aurelia, pasado el primer momento que dedicó sólo á su glotonería.

—¿Y qué es ello?

—Dos señoronas han venido á verme esta tarde, y, so pretexto de socorrerme, han tratado de hacerme cantar.

—¿Y tú?....

—He cantado.... lo que convenía para no espantarlas....

—¿Quiénes eran esas señoronas?

—La portera dice que son del teatro. Pero se equivoca: en la vida han pisado el escenario ninguna de las dos. La una, la más joven, parece una señorita bien educada, artista quizás, pero sólo aficionada. La otra no entra en cuenta, porque es sólo acompañante.

—¿Qué querían?

—Convencerme de la inocencia de Morlain y resolverme á declarar en su favor.

—¡Demonio! ¡Pues la cosa no trae malicia! ¡Por lo visto hay amigos que se interesan!....

—Y con fuego, chico. Sobre todo la más joven, tiene mucho interés, y es entusiasta. Debe estar enamorada de nuestro hombre; se la conoce á la legua.

—Pues mucho ojo, pequeña.

—¡Figúrate!.... Echa champagne. Tengo una sed.... Me han hecho hablar....

—¿Qué has dicho?

—Lo que querían. De ese modo confían en mí.

—Muy bien. Pero si creen inocente á Morlain...., supondrán que existe otro culpable verdadero....

—Sí, y van á buscarlo.

—¿Cómo? ¿Tienen algún indicio?

—Los que yo les di.

—¿Acaso les has?....

—Las he puesto en un camino falso. Sí, ángel mío, sí.... Echa más vino.... Mi sed aumenta cuanto más bebo....

Bebió un vaso de un solo trago, arremetió con el *foie gras*, y prosiguió después:

—Al ver sus propósitos, se me ocurrió hablarlas de un primo de mi antigua ama, que trataba de sacarle dinero. Las dije que se parece á Morlain, que se llama

Moreau, y vive en Nantes. Gran chasco me llevaré si á estas horas la joven de esta tarde no está en camino para descubrir al miserable.... ¿Eh? Mientras ella se agita en tanto buscando una quimera, la causa terminará, y entonces....

—¡Bien urdido, chiquilla! ¡Á tu salud, culebra de mi alma!....

—¡Á la tuya, alma mía!....

Después del brindis, los dos guardaron silencio. Comían con fruición, como dos personas que saben distinguir los buenos bocados, y son amantes y se disponen á anegarse en placeres.

Aurelia fué la primera que habló.

—Y tú, ¿qué has hecho hoy?— dijo á su compañero.

—Estuve en el palacio de Justicia. Recibí esta mañana una citación nueva para declarar.

—¿Y qué te querían?

—Que me ratificase en las declaraciones precedentes y les diese informes sobre....

—¿Sobre qué?

—Sobre mí.

—¿Y los diste?

—¡Ya lo creo! Figúrate que dije: «Se-

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
Apto. 1625 MONTERREY, MEXICO

ñor Juez: V. S. está en un error en punto á mis antecedentes, y es preciso que yo lo illustre. V. S. cree que tengo más de cincuenta eneros; que mis cabellos y mis patillas son grises; que padezco un reuma crónico que me trae encorvado como un arco de violín, y me obliga á arrastrar una pierna; y que mis ojos, cansados, necesitan gafas para resistir la luz del sol.... ¡He aquí el error, illustre representante de la ley!.... Mi pelo es negro....: sólo que gasto peluca gris.... Mi cuerpo no envidia en agilidad á ningún cuerpo de mi edad; treinta y un años.... Mis ojos ven crecer la hierba sin necesidad de cristales, y más de una mujer se miró en ellos.... No me llamo Bertin; mi nombre, conocidísimo, es Pedro, y mi apellido, más notable aún, Vignot. Fui grabador en metales...., y dejé de serlo por ciertos billetes de Banco que fabriqué y no convinieron á los tenedores de numerario.... He tenido el honor de viajar mucho: conozco la Nueva Caledonia...., de la cual me evadí. Al volver á Francia, el príncipe Polkine me nombró su secretario, y su esposa, la Princesa...., me eligió su amante.... Me cogieron.... por ligero de manos, y tor-

né á viajar por el Pacífico. Pasé tres años en aquella isla que en mala hora descubrió Cook, y logré escapar nuevamente.... Hoy vivo en París, calle Blanche.... piso quinto, donde V. S. tiene una choza.... Paso por ser un honrado inquilino, que paga corriente alquileres é impuestos. Y cuando V. S. se digna deseármelo, vengo á decirle lo que se me ocurre. Todo, menos la verdad.» ¿Qué te parece, chiquilla? (acabó riendo Bertin). ¡Hubiera sido de ver la cara del Juez, si le hubiese dicho todo esto!

—Capaz sería de no creerlo,—repuso la *Culebra*. Y con mano firme atacó la ensalada rusa.

XXXII.

Bertin, ó, mejor dicho, Pedro Vignot, que acababa de resumir los detalles de su vida en aquella cínica relación, cuando terminó la comida se sirvió una copa de cognac, encendió un cigarro, y se tendió en una butaca.

Aurelia permaneció en su asiento, apoyó los codos sobre la mesa y en ellos la cara animada por el vino, y le dijo:

—¡Fuera de broma! ¿Qué te han preguntado, y qué has dicho delante del Juez, sobre tu existencia pasada?

— Figúratelo. Los verdaderos antecedentes, los únicos que podía dar sobre su humilde persona el honradísimo Julio Bertin. No hay que olvidar que mi pseudónimo existió. Murió del cólera en Alejandría hace ya un año; yo ocupaba una habitación junto á la suya en el hotel adonde fuí á parar luego que me evadí por segunda vez. Aprovechando el miedo de las gentes de la fonda y el desorden, hijo de la epidemia, pude entrar en la estancia del muerto, le quité dinero y papeles, y cágame cambiando á escape de personalidad, porque mientras á él le enterraban de prisa y corriendo, sin preocuparse de quién era, yo me embarqué para Marsella.

— Pero después que comenzó el sumario (dijo Aurelia), la policía habrá tomado informes sobre el tal Bertin en Lyon, que era su patria, y....

— Y como le habrán dicho que dejó muy buenos recuerdos; que fué un modelo de hombres de bien, y no han vuelto á saber de él desde que se embarcó para pasar á Melbourne, en Australia, donde iba á buscar fortuna.... Tropezarían conmigo, y con documentos fehacientes probaría yo que,

después de realizar varios buenos negocios por aquellos países, me vine á mi tierra para descansar, comiéndome las rentas.... Además, niñita, te haces tú muchas ilusiones en punto á la policía de nuestro país, si te crees que se ocupa de averiguar la vida y milagros de los testigos que intervienen en todas las causas. Penetra hasta en los menores detalles de la vida del presunto reo; pero en la del que con una frase ó una mentira bien urdida puede causar la muerte ó la prisión perpetua de un inocente, no se mete para nada. Y si sus declaraciones están conformes con lo que el Juez presume...., entonces no hay que hablar más. Se le cita, se le oye y se le cree, *porque sí*.... Ve si es poderosa razón. ¡Pues y la manera de citarle! Eso es muy notable. El alguacil se limita á dejar la citación en casa del portero: cualquiera puede apoderarse de ella, y, con un poco de habilidad, sustituir al verdadero testigo. El testimonio de las gentes apenas se tiene en cuenta, ó se tiene en mucho. Trátandose de probar una deuda de más de cincuenta francos, así llesves cien personas que declaren tus afirmaciones, no valen

para nada; pero si se trata de condenar á muerte á un ciudadano.... ¡Oh! ¡Entonces!.... Entonces basta con uno que afirme que es culpable. Y á veces, ¡vaya unos testimonios que se invocan!....

—Eso lo dirás por ti....

—Sí, precisamente. Cuando afirme por mi conciencia que el día que se cometió el crimen, al tiempo de salir yo de esta casa vi entrar al señor de Morlain, ya verás si alguien lo pone en duda.

—¿Y estás resuelto á afirmarlo?

—¡No que no! Si ahora me retractase y entorpeciera el proceso, recaerían sospechas sobre mí, y como son igual que las cerezas, que una arrastra otras muchas, es muy fácil que llegasen á dar con la verdad...., y entonces, ¡pobre de mí y de mi querida Culebrita!....

—¡No digas animaladas, vaya!.... —exclamó Aurelia, estremeciéndose de pies á cabeza.

—Yo no las digo jamás (prosiguió Vignot con seriedad). Si me atrapasen, no tardarían en devolverme mi verdadero nombre con mis *títulos y honores*.... y la dulce compañera de mi vida, la que me ha seguido

por doquier, hasta las puertas de la cárcel, y no en ella porque no la hubiesen dejado entrar conmigo, Albertina Jeanrod, en fin, el modelo de mujeres desinteresadas, perdería á su vez el falso nombre de Aurelia con que encubre el efectivo, y le cabría la misma suerte que á mí....

Así diciendo, se puso en pie, y midiendo la estancia á grandes pasos, prosiguió, animándose por momentos:

—Esto no me conviene. Cuando me condenaron por falsificación, ya pasaste tres años en la cárcel, y basta y sobra con aquello. Si nuevamente me cogen, quiero que sea como escapado de presidio, mas no por este otro crimen. Por lo tanto, todos los medios me parecen buenos con tal de lograr mi objeto. Entre el pellejo de Morlain ó los nuestros, éstos me interesan más. Después de todo, él pagará con unos cuantos años de presidio, porque el robo y la premeditación no se los pueden achacar...., y nosotros no escaparemos sin perder yo la cabeza, y sin trabajos forzados á perpetuidad para ti.... ¡Y si merecieras esto!.... Pero no es así. Tú ni pensaste en el asesinato...., porque, en verdad, tampoco yo quería cometerlo. Me



dijiste que tu ama había recibido cincuenta mil francos de Morlain; que estaban en billetes de Banco encerrados en un secreto de cierto mueble del salón.... Entonces decidimos robárselos....; pero nada más. Me conoces bien, y sabes que no soy sanguinario.... Á pesar de mi estancia en la isla de Noua, no obstante haber oído decir á mis compañeros de cadena que vale más matar, porque los muertos no hablan...., no he variado. Fué.... porque la suerte se empeñó. Tú subiste, y me dijiste: «La señora me mandó acostar, y no tardará en dormirse también. Tiene un primer sueño como un poste. Nada es capaz de despertarla por espacio de un par de horas. Baja, pues; es el momento oportuno. Ahora, aquí tienes las llaves de la puerta de la escalera, y una que abre el mueble en donde está el dinero.... El secreto ya le conoces.... Una vez hayamos dado el golpe, ¿quién sospechará de ti? En la casa no sabe nadie que nos conocemos: sólo yo seré la responsable; quizás registrarán mi cuarto; pero como no encontrarán nada, porque todo estará en el tuyo....»

Vignot se detuvo un instante, y mi-

rando á su cómplice con fijeza, añadió:

—¿No fué así como pasó?

—Sí. Así fué, —replicó ella.

—Hice lo que deseabas. Bajé sin ser notado. Andaba con tiento, y llevaba calzado á propósito para no hacer ruido. Abrí la puerta como sé hacerlo yo, y penetré en el salón, que estaba oscuro y silencioso; á pesar de la oscuridad, encontré el mueble; ¡tus instrucciones eran tan precisas! Ya tenía en mi poder los billetes; iba ya á escapar con ellos, cuando de pronto se abrió la puerta de la alcoba, y apareció tu ama con una luz en la mano. La sorpresa la dejó muda un momento; pero bien pronto se repuso, y como era fuerte y valerosa, lanzó un grito, se apoderó de un puñal que había encima de la chimenea, y se me abalanzó como una fiera.... Estaba perdido: si no moría á sus manos, al día siguiente caería en poder de la justicia.... Pensé en ti, te vi presa y desesperada; una voz gritó á mi oído: «¡Mata: los muertos no hablan!....» Entonces la cogí por el brazo y el cuello, la desarmé, ella gritó, yo tuve miedo.... y herí....

Vignot se detuvo y volvió á sus paseos,